

bió el grado de doctor en medicina. Por la noche se presentó en cierto salon , y delante de unas veinte personas se permitió negar la existencia del alma y hacer profesion de materialista.

Después de haberle oído algunos instantes, un anciano levantó la voz y le interrumpió en estos términos: «Está usted diciendo que desde hoy es doctor en medicina; pero se equivoca usted.— ¡Cómo! Llevo el título en el bolsillo.—Se equivoca usted; no es título de doctor en medicina, sino en veterinaria. Supuesto que no tenemos alma, ya no hay médicos, sólo hay albéitares; y usted y sus compinches, albéitares son y no otra cosa».

Si le hubiera caído un rayo á dos deditos de donde estaba, no se hubiera quedado el descreído Galeño más aturdido. La risa general le hizo entender que no le quedaba más partido que callar y retirarse. Así lo hizo, y no pudo hacer cosa mejor.

CARTA DÉCIMACUARTA.

SUMARIO: Segundo fin de nuestra correspondencia: consolar.—La muerte no es la muerte.—Horrible pesadilla que se quita.—Inmenso consuelo.—Admirable enseñanza de la Iglesia.—El pasaporte.—El restablecimiento de la salud espiritual.—El Viático.—La orden de partir.—La escolta.—Los cantos.—El cementerio.—El cristiano ante la muerte.—San Agustín.—San Luis.—El día de la muerte, llamado del nacimiento.

QUERIDO AMIGO:

Hasta aquí hemos visto el lado triste de la vida; vamos á ver el alegre: para cumplir lo prometido, debo ponértelo á la vista. Desde el principio de nuestra correspondencia te anuncié que su fin principal era *desengañar* á los que toman esta vida por la vida verdadera. Parece que lo hemos conseguido. *Consolar* á los que con nosotros cruzan este valle de lágrimas, y consolarnos á nosotros mismos, es el segundo objeto de mis deseos. Tiempo es de que nos ocupemos de él. Todo el oro del mundo daría yo por lograr hacer este beneficio, tanto más necesario, cuanto que sin excepcion todos tienen necesidad de

él, y necesidad continua; sea para sobrellevar con dignidad la carga de la vida; sea para dulcificar sus crueles amarguras; sea para prevenir desesperaciones mortales. Este inapreciable beneficio se contiene en este pensamiento: DADO QUE LA PRESENTE VIDA NO ES LA VIDA, TAMPOCO ESTA MUERTE ES LA MUERTE.

La muerte no es la muerte. ¡Qué pesadilla se nos quita de encima! La certidumbre de la muerte, que pesa sobre el hombre desde el día en que adquiere uso de razón; que por la mañana le impide prometerse ver la noche, y por la noche le deja incierto de si despertará vivo por la mañana; este pensamiento, que todo lo que vemos, que todo lo que oímos nos lo trae á la memoria, á pesar nuestro, es para los mismos incrédulos una fuente inagotable de terrores, tristezas y fastidio. Es, vuelvo á decir, la pesadilla de la humanidad.

La muerte no es la muerte. El que se muere no cesa de vivir. ¡Qué inmenso consuelo! Hémos aquí en una cámara mortuoria. Sobre el lecho fúnebre acaba de espirar un padre, una madre, un hermano, una hermana, tiernamente amados. La esposa, los hermanos, las hermanas, los niños huérfanos desde hoy, sumidos en el dolor, lloran al que acaban de

perder, y que deja en torno de ellos horrible vacío.

De repente se han suspendido los sollozos. El Dios de los vivos deja oír su voz: «No os pongais tristes, dice, como los que no tienen esperanza. La muerte no es el fin de la vida. El padre que habéis perdido no ha muerto; duerme. La madre que llorais no ha muerto; duerme. El hermano ó la hermana que llorais no ha muerto; duerme. *Non est mortua puella, sed dormit.*

»Jornaleros del padre de familia, han concluido su trabajo y deseansan de sus fatigas. De mortales que eran se han hecho inmortales. Allá os esperan, allá los volveréis á ver. Míos eran en vida; míos son en la muerte. Yo lo he criado todo, y no aniquilo nada. Yo no soy únicamente la creacion, soy la resurreccion y la vida»¹.

¹ «Nolumus autem vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent. Si enim credimus quod Jesus mortuus est et resurrexit, ita et Deus eos qui dormierunt per Jesum adducet cum eo. Hoc enim vobis dicimus in verbo Domini», etc. (Thess., IV, 12 y 14.)

«Visi sunt oculis insipientium mori; et estimata est afflictio exitus illorum, et quod a nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace». (Sap., III, 2.)

La muerte no es la muerte: esta palabra, caída del cielo, era demasiado preciosa para que la Iglesia católica dejara de recogerla con religioso cuidado. Nadie la repite más á menudo, ni con más conmovedora elocuencia, ni con tanta autoridad.

En nuestras dos últimas cartas hemos oído á los sofistas y sus doctrinas desoladoras; los hemos compadecido á ellos, y hemos hecho justicia en éstas. Escuchemos ahora á nuestra admirable Madre, esta Madre que nunca engaña y siempre da consuelo. ¡Cuántas veces nos repite en el discurso de la vida: ¡Hijos míos, la tierra no es vuestra patria; aquí no sois más que extranjeros y caminantes! ¡No estais en vuestra casa; vuestra casa está más alta!¹.

Pero en la hora de las grandes tristezas, por ser la hora de las grandes separaciones, es cuando la Iglesia derrama á manos llenas el bálsamo de esa palabra consoladora en el

«Amodo jam dicit spiritus ut requiescant a laboribus suis, opera enim illorum sequuntur illos». (Apoc., xiv, 13.)

«Sive ergo vivimus, sive morimur, Dominus sumus». (Rom., xiv, 8.)

«Ego sum resurrectio et vita». (Joann., ii, 25.)

¹ «Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus». (Hæbr., xiii, 14.)

corazon destrozado de sus hijos. ¿Te has puesto alguna vez á reflexionar sobre lo que hace en los postreros momentos de nuestra peregrinacion, ya con los que parten, ya con los que se quedan? Ven conmigo á contemplar este espectáculo, lleno de consuelos inmortales.

A los ojos de la Iglesia, el cristiano que muere no es un sér efímero que torna á la nada; es un viajero muy amado que se pone en camino. Con la solicitud más previsora hace con él lo que la madre más cariñosa con su tierno hijo, que emprende largo viaje. Varias cosas necesita el viajero: pasaporte, buena salud, comida para el camino, y si tiene que cruzar por sitios desconocidos ó peligrosos, un guía y una escolta. Ahora admirarás cómo la Iglesia provee á todo esto.

Cerca de su hijo moribundo llama al embajador del Dios de la eternidad, ante quien aquél tiene que presentarse. Borrándole los pecados, la absolucion restablece en él la imagen augusta, que será señal para que se le reconozca por un miembro de la gran familia católica que entra en su patria, y las autoridades invisibles que encontrará escalonadas en el camino se apresurarán á prestarle ayuda y proteccion.

La Iglesia no se pára aquí. Quiere que su hijo emprenda el viaje en buena salud. Para esto, por medio del Sacramento de los enfermos le purifica el alma y devuelve la integridad á todos sus sentidos; luego, para que permanezcan inviolables, les echa el sello del Redentor, cuya sola vista ahuyenta á las legiones enemigas.

Pero el viajero necesita llevar alimentos: la Iglesia le da su *Viático*, el pan de los fuertes, que le sostendrá en sus desmayos; el alimento de la inmortalidad, que comunicándole sus propiedades divinas, le hará tal cual debe ser para que vea abrirsele las puertas de la patria bienaventurada; en una palabra, ese Viático es su divino hermano Jesús en persona, que haciéndose compañero de su viaje, le llevará de la mano para hacerle franquear sin peligro el paso decisivo del tiempo á la eternidad.

Están completos los preparativos del viaje. Sólo falta dar la señal de partir y poner al viajero bajo la direccion de guías fieles y bajo la defensa de una escolta invencible. Con la seguridad de la fe, con tan tiernos sentimientos y tan solemne lenguaje, que jamas podrán imitarse, la Iglesia va á desempeñar estos dos cuidados.

Acercándose á su hijo, le dice: «Parte de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre Omnipotente, que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por tí; en el nombre del Espíritu Santo, que en tí se derramó; en el nombre de los Angeles y Arcángeles; en el nombre de los Tronos y las Dominaciones; en el nombre de los Principados y las Potestades; en el nombre de los Querubines y Serafines; en el nombre de los Patriarcas y los Profetas; en el nombre de los Apóstoles y los Evangelistas; en el nombre de los Santos mártires y confesores; en el nombre de los Santos ermitaños, y anacoretas; en el nombre de las Santas vírgenes y de todos los Santos. Que las legiones infernales se cubran de confusion, y los ministros de Satanás no se atrevan á oponerse á tu paso. Que llegues hoy mismo al país de la paz, y la santa Sion sea tu morada, por el mismo Jesucristo nuestro Señor».

Cuando se reflexiona que todo esto es una realidad, se pregunta uno á sí mismo cuánta es la dignidad del alma, y cuándo jamas ningún monarca ha viajado defendido por guardia semejante, rodeado de tan brillante cortejo.

El viajero ha partido. Nada se ha olvidado para asegurar el éxito de su viaje y preparar su entrada triunfal en la tierra de los vivientes. Falta dar consuelo á sus amigos y parientes; pues para la Iglesia, que es la más tierna de las madres, los dolores de todos sus hijos son sus propios dolores.

A su voz siguen al templo tras de los despojos mortales del que acaba de abandonarlos. ¿Qué hace allí la Iglesia? Canta. Sí, mi querido Federico; mientras no se ven en el templo más que imágenes lúgubres, ni se oyen más que suspiros, lágrimas y lamentos, la Iglesia canta, canta siempre. ¿Qué contraste es este? ¿Puede una madre cantar en la muerte de sus hijos? Y entre todas las madres, ¿no es la Iglesia la más amante? Lo repito: ¿qué misterio es este?

Los cuidados de que nos rodea desde la cuna no permiten dudar: la Iglesia nos ama, y su amor es tanto más vivo cuanto es más noble. Depositaria de las promesas de la inmortalidad, las proclama altamente en presencia de la muerte. Si su voz lleva el sello de las lágrimas, también expresa alegría. Más feliz que Raquél, se consuela y nos consuela, porque sabe que le serán devueltos sus hijos. Así, en las lágrimas de los parientes se

ve la naturaleza; en los cantos de la Iglesia brilla la fe. La naturaleza se entristece, diciendo: «Muerte»; la Iglesia se alegra, respondiendo: «Resurreccion».

¿Oyes la melodía, tan suave al corazón y tan dulce al oído, que en medio del profundo silencio de los divinos misterios resuena repentinamente bajo las bóvedas del templo? Intérprete del Dios de la eternidad, del cual el hombre es imagen inmortal, canta el sacerdote: «Arriba los corazones... Nada hay más digno, ni más justo, ni más saludable que rendiros en todas partes y siempre acciones de gracias, Señor Santo, Padre Omnipotente, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, en quien nos habeis dado la esperanza de la feliz resurreccion, para que en el momento que la certidumbre de morir entristece á la naturaleza, la promesa de la inmortalidad futura consuele á la fe. Pues á vuestros fieles, Señor, la vida se les cambia, no se les quita: *vita mutatur non tollitur*; y en lugar de casa terrestre arruinada, les está preparada una mansion eterna en los cielos»¹.

¿Qué te parece? ¿Puede la Iglesia afirmar

¹ El fondo de este admirable prefacio es de San Gregorio.

con más solemnidad que la vida presente no es la vida? Affirmalo también con una palabra que ha introducido en la lengua de todas las naciones civilizadas. Terminadas las ceremonias del templo, conduce á su hijo al lugar donde ha de descansar. Este lugar se llama *cementerio*, que significa *dormitorio*: palabra divina, palabra reveladora, palabra digna de eternas bendiciones.

«Llamamos al cementerio *dormitorio*, dice el Pico de Oro del Oriente, para que sepáis que los muertos no están muertos, sino solamente dormidos. ¡Qué consuelos encierra esta palabra y qué profunda filosofía! Así, pues, cuando lleváis un muerto al cementerio, no os aflijáis: no le lleváis á la muerte, sino á dormir. Esta palabra os basta para templar todos los dolores»¹.

El gran orador tiene razon que le sobra. Esa palabra no sólo consuela á la naturaleza;

¹ «Ob id ipse etiam locus cœmeterium nominatus est: ut dicas mortuos... non mortuos, sed somno consopitos esse et dormire... Utile enim hoc nomen est, et philosophiæ multæ plenum. Quando igitur huc mortuum ducis, ne ipse te concidas. Non enim ipsum ad mortem, sed ad somnum ducis: sufficit tibi nomen hoc ad calamitatis solatium et levamen». (S. Chrys., Homil. in cœmeter.)

da, además, al dolor una dignidad que impone respeto y atrae las simpatías. ¿Conoces tú, querido amigo, nada más conmovedor, y á la vez más tierno, que la conducta de San Agustín en la muerte de su queridísima madre?

«Habíamos llegado á Ostia, donde debíamos embarcarnos para Africa, cuando mi tierna madre, vuestra digna sierva, Señor, fué atacada de la fiebre. Presintiendo que se iba á morir, nos dijo: «Enterrareis aquí mi cuerpo, y os acordareis de orar por mí en el altar del Señor». A los nueve días de enfermedad, teniendo ella cincuenta y seis años y yo treinta y tres, esta alma tan religiosa y tan buena quedó libre de las ligaduras del cuerpo.

»Yo apretaba los párpados para contener las lágrimas; pero mi dolor, dolor inmenso, refluía al fondo de mi corazon: despues se escapó en lágrimas abundantes, que yo procuraba sujetar. Esta lucha me era sobremañera penosa.

»El niño Adeodato lloraba á gritos. Le hicimos callar, porque no nos parecía conveniente este modo de honrar tal muerte con gemidos y lamentos, cuando así suele llorarse la miseria de los que mueren como si se

aniquilaran. Pero mi madre no moría miserablemente, ni moría del todo: sus ejemplos, su fe y otras pruebas ciertas nos daban seguridad de ello.

»Acallado el niño, tomó Evodio el libro de los *Salmos* y comenzó á cantar el *Misericordias Domini in æternum cantabo*, y todos seguimos alternando. Vuestras palabras, Señor, suavizaron mi dolor y me dieron fuerzas para concentrarlo, de tal manera, que nadie me vió llorar ni observó alteracion en mi semblante. Llegado el momento de darle sepultura, llevamos el cuerpo y lo enterramos sin llorar. Lo mismo pasó mientras se ofreció el sacrificio de nuestra redencion. Yo no lloraba; mas interiormente estaba transido de dolor.

»Acordábame yo, Señor, de vuestra sierva; repasaba en mi memoria su vida, tan piadosa y santa para con Vos, tan dulce y ejemplar para nosotros, y me veía súbitamente privado de ella, y sólo en vuestra presencia lloré por ella y por mí. Dejé correr el llanto, anegóse en él mi corazon, y yo encontré alivio.

»Y ahora, Señor, os lo confieso en este escrito. Lo leerá quien quiera, y lo interpretará como le plazca. Si encuentra reprehensible

el que yo llorara á mi madre durante pequeña parte de una hora, á mi madre muerta ante mis ojos, la que tantos años me había llorado para hacerme vivir en vuestra vista, no se ría de mí; ántes, si tiene gran caridad, llore mis pecados delante de Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo»¹.

Todos los siglos cristianos, todas las familias cristianas, nos ofrecen innumerables ejemplos de este noble dolor, en el cual brilla la armonía verdaderamente sublime de la naturaleza que se aflige y de la fe que consuela. ¿Por qué es sublime? Porque áun sobre las ruinas del hombre proclama altamente que, no siendo ésta la vida, tampoco esta muerte es la muerte. Estos ejemplos son tan instructivos, y frecuentemente tan útiles en el curso de nuestra existencia, que voy á citar otro.

Bien sabes cuánto amaba á su madre el más grande de nuestros reyes, San Luis; y por

¹ «Et si peccatum invenerit, flevisse me matrem exigua parte horæ, matrem oculis meis interim mortuam, quæ me multos annos fleverat ut oculis tuis viverem, non irrideat; sed potius, si est grandi charitate, pro peccatis meis fleat ipse ad te Patrem omnium fratrum Christi tui». (Confess., lib. ix, capítulo xxii.)

cierto que jamas hubo ternura filial más justificada. Debía á los ejemplos y lecciones de su piadosa madre la conservacion de su inocencia bautismal, con todos los tesoros que ella encierra para el tiempo y para la eternidad. Empeñado el santo rey en la cruzada contra los sarracenos, hallábase en Jaffa cuando supo la muerte de su madre la reina doña Blanca, acaecida el primer domingo de adviento, 1.º de Diciembre de 1262.

El Cardenal-Legado, Eudon de Chateauroux, que recibió el primero la triste nueva, tomó consigo á Gilles, Arzobispo de Tiro, guarda-sellos del rey, y á su confesor Beau lieu, del Orden de Predicadores. El Legado dijo al rey que deseaba hablarle en su cámara en presencia de los otros dos. Por el aspecto triste de los tres conoció el rey que le traían alguna mala noticia. Hízoles pasar de la cámara á la capilla, y se sentó delante del altar, y los tres con él.

Entonces el Legado representó al monarca las gracias que el Señor le había concedido desde su infancia, y entre otras la de haberle dado una madre que tan cristianamente le había educado y con tanta sabiduría le había gobernado el reino. En fin, no pudiendo contener los sollozos y las lágrimas,

le manifestó que su madre había muerto.

Al oír estas palabras el rey, dió un grito; en seguida, bañado en lágrimas, se arrodilló delante del altar, y juntando las manos, dijo con edificante devocion: «Gracias os doy, Señor, por haberme dado tan buena madre; os la habéis llevado cuando ha sido vuestra santa voluntad. Verdad es que yo la amaba más que á ninguna criatura mortal, como ella lo merecía; pero ya que así lo habéis querido, sea por siempre bendito vuestro nombre».

Acto continuo, habiendo recitado el Legado una corta oracion por la difunta, dijo el rey que deseaba quedarse sólo en la capilla, y retuvo á su confesor. Siguió un rato meditando y llorando delante del altar, y su confesor le hizo presente que ya había dado lo suyo á la naturaleza, y que era tiempo de escuchar á la razon, iluminada por la fe.

Inmediatamente se levantó el rey y pasó al oratorio, donde solía recitar las Horas. Allí rezó todo el Oficio de difuntos con su confesor, el cual se admiró de que, no obstante el dolor que le embargaba, no cometió el rey ni un yerro en todo el largo rezo. A más de las numerosas exequias que hizo celebrar en Palestina por su madre, el santo rey envió á Francia un caballo cargado de pedrería, que

se había de distribuir á las iglesias, demandando oraciones por su madre y por sí mismo ¹. Ved ahí el cristiano delante de la muerte.

A sus afirmaciones, tantas veces repetidas, de que esta vida no es la vida, nuestra admirable madre añade nueva fuerza con una palabra más significativa aún que la de *dormitorio*. El dormitorio supone el sueño, y éste significa vivir á medias. No basta esto á la fe de la Iglesia. Cuando los milagros la han cerciorado de que alguno de sus hijos ha llegado al término feliz de su peregrinacion, llama al día de su muerte *natalicio*.

Cada una de las páginas de su martirologio repite la afirmacion de la gloriosa inmortalidad. Abrelo y leerás: «En Jerusalén, en Roma, en París, en Zaragoza, el nacimiento de tal ó cual santo ó santa, que tras de esta vida mortal ó muerte viviente, entró en posesion de la vida verdadera».

Tan segura está la Iglesia de la felicidad de que gozan, que este día es para ella día de fiesta. Desplegando en su celebracion todas las pompas de sus ceremonias, ¿qué es lo que hace? A la faz del cielo y de la tierra lanza á

¹ *Hist. univ. de l'Eglise*, lib. LXXIV.

la muerte este sublime desaffo: «¡Oh muerte! ¿Dónde está ahora tu victoria? ¿Dónde tu aguijon?» ¹.

Te dejo, mi querido Federico, con esta elocuente protestacion contra la abyecta filosofía, que rebajando al hombre al nivel de los brutos, limita la vida á la duracion fugitiva de nuestra peregrinacion terrestre, y considera la muerte como la vuelta á la nada.

Tu afectísimo...

¹ I Cor., xv, 55.